

^{IV}
Los Colonizadores.

El Tirano Aguirre.

Capitulos IV - V - VI - VII - VIII de la Tercera
parte. Epilogo y Nota.

F5AS
026

Capítulo IV

Nuevas esperanzas de Uviá.

Seguía Aguirre el montañoso territorio de Mer-
gua por veredas tan extremadamente escarpadas que
más tenían que andar á gatas que por sus pies, au-
mentándose la aspereza del camino con las conti-
nuas lluvias, por ser en aquella tierra la estación
del invierno desde Mayo hasta Noviembre. El ca-
mino, ó más bien la cerrada vereda, atravesaba
umbrosas selvas obstruidas por atascaderos y
lodazales tan profundos que corrían riesgo de
no poder salir, sumerjidos entre los charcos. Atru-
vechándose de estas circunstancias se huyeron
diez soldados, no todos al mismo tiempo sino

cada uno por su lado. Advertiolo Aguirre en la primera parte en que se detuvieron a descansar, lo que le enfurecio sobre manera y gritando y blandiendo la espada decia:

— Ah! Mbarañones; ya bien me lo presumia que me habiades de abandonar al tiempo de la mayor necesidad y que habia de hacer yo la guerra con gatos o monjes de arcabuco! Mejor me habria estado el morir peleando que dejar tristemente la vida entre tan ruin gente como esta de Venezuela.

— Mucho se amohina y se aflige vuesa merced, le dijo un Juan Gomez, hombre de malas entrañas; Cuerpo de Dios! Señor General: si hubierais colgado a 30, en lugar de tres, en Valencia, mejor

nos fuera porque nos veríamos libres de muchos
traidores y el campo estaría mas seguro. Pésia á mi!
añadio, aqui tambien hay muchos árboles propios para
el caso....

— No, no, dijo Aguirre, que ya hemos disminuido mucho
y no nos quedan soldados de sobra.

Era imposible perseguir y aprehender á los
fugitivos por aquellos andurriales, y fuele preciso dar
los por perdidos y continuar la marcha. La lluvia, el
viento y la tempesta no cesaban á ninguna
hora.

— Qué piensa Dios! decía aquel monstruo exaspera-
do hasta el frenesi con tantos contratiempos ¡y acaso
imagina que porque llueve no he de ir al Perú? Pues
muy engañado está, que he de ir aunque no quiera.

Pero si por acaso no salgo con bien de esta jornada, ejecutare tales y tantos hechos terribles que mi nombre correrá por toda la redondez de la tierra.

De noche acampaban á la sampa, bajo ranchos levantados de prisa; pero Aguirre nunca olvidaba la comodidad de llevar ni su seguridad, alojándola en el mejor rancho, pero siempre con centinela de vista á la puerta, de suerte que no podía dar un paso sin estar vigilada, y de día en día perdía mas la esperanza de salvarse. Era inútil pensar, como ^{en} un tiempo lo intentó, en huir al monte, pues no tenía ánimo ni fuerzas para aventurarse á transitar á pie, sin viveres ni rumbo cierto, por los bosques que la rodeaban, poblados de fieras y animales venenosos.

Al cabo de varios dias llegaron al rio Yaracui y lo pasaron con mil dificultades, bajando en seguida a un valle llamado de las Damas en donde hallaron una estancia de maiz, y otras sembreras y un rancho grande en que pudieron alojarse. Aguirre determinó que descansase la tropa en aquel punto dos noches y un dia, pues estaban ya cerca de Barquisimeto y era preciso recobrar fuerzas para acometer con vigor las tropas del gobernador que alli le aguardaban.

— Cuando lleguemos a aquella poblacion, decia el tirano a sus companeros, os dare' licencia para hacer vuestro gusto en todo: y no tengais miedo del infierno conque os amenazan los timoratos, ese no lo hizo Dios sino para los que le niegan: en creyendo en

7 10
él y en sus santos, nos salvamos: lo demás son fieras.

El rancho en que se alojaron constaba de una sala grande y dos alcobas pequeñas, divididas de la sala (que servía para guardar el producto de la sembradura) por un enrejado de caña, lo mismo que las paredes exteriores. Aguirre y sus compañeros dormían en la sala y en la alcoba de la derecha, dejando la otra para Elvira y la Forralva.

Estando Elvira la segunda noche en su compartimento con la Forralva, mientras que Aguirre se divertía jugando y bebiendo con sus oficiales, le llamaron la atención unos golpecitos que dieron por el lado de afuera del enrejado. Llevada por la curiosidad se acercó al tabique y oyó una voz que decía

muy de quedo: Doña Uvira, Doña Uvira!

— ¿Quién me llama? contestó ella en el mismo tono.

— Pase vuesa merced a este lado, dijo la voz.

— ¿Quién sois?

— No conocéis mi voz? Yo hubiera conocido la vuestra entre mil.

— Pero ¿quién?

— El mismo. Traigo un billete que os manda Don Diego de Paredes.

— Bendito sea Dios! pásadme lo por una hendija que encontrareis en la esquina.

Recibió un papelito y llena de gozo se lo llevó a los labios.

— En dónde está mi querido primo? preguntó.

— Cerca de Barquisimeto: te manda decir que mañana, como a dos horas de distancia de este lugar, se encontrará con alguno de los compañeros á orillas del camino, en un sitio estrecho; y te suplica que vayas sobre aviso porque piensa atacar la retaguardia y sacaros de en medio si á bien teneis. Como el Abate de Campo Paredes no tiene á su disposicion sino 15 hombres no muy bien apercibidos, no le es posible atacar á toda la tropa de Aguirre, que viene bien armada, y por eso te recomienda que procureis ir entre los que vayan atras.

— Cuánto le agradezco y te agradezco tambien el aviso, Pero Monso! Haré cuanto pueda para obedecerle.

Estando en esto oyeron la voz de Aguirre que gritaba:

— Demonios de la guardia, haraganes! ¡¿Cómo es que oigo una voz desconocida charlando con Ulvira en su cuarto?

— Será la Forralva, le contestaron.

Pero él, tirando los naipes y llevando la luz en la mano, se entró a la alcoba; mas no antes de que Ulvira se tendiera en su lecho y Pero Monso desapareciera, internándose en la selva. Después de examinar todos los rincones de la alcoba Aguirre se acercó a su hija, que fingió incorporarse como si despertara asustada

— ¿Con quién hablabas?

— ¿Yo? Sería dormida!

— Dormida? aunque seas mujer y aguda, nunca me engañarás yo vi por aquí una voz y voz de hombre.

Uvira no contestó nada, sino que se volvió a acostar como si la rindiera el sueño y Aguirre salió refunfuñando:

— Las mujeres son más astutas que el diablo, pero yo los soy más!

Pasó Uvira la noche entera sin poder dormir y su palidez le sirvió de comprobante para pasar por enferma al día siguiente. Cuando se puso la tropa en marcha ella se situó entre dos oficiales enfermos, quefándose de fiebre, y rogó que la dejaran ir en la retaguardia para andar despacio porque el movimiento del caballo la hacía

sufrió muchísimo

Montaba un buen caballo, el mejor que se pudo encontrar en Valencia. La Forralva cabalgaba á horcajadas una fuerte mula, y llevaba á la grupa una maleta con los vestidos y camas de Uvira y la criada. Guama la había instruido de la oferta de libertad, y no queriendo quedarse en compañía de los Abarañones no desamparaba su lado un momento; así ambas emprendieron marcha fluctuantes entre el temor y la esperanza.

Bajaron á una cuesta pedregosa y llegaron á lo llano, internándose el camino en seguida, según lo advertió Paredes en el aviso transmitido la noche anterior, entre dos cerros que no dejaban han-

sitable sino una estrecha senda. Allí prometió aguardarla su primo. Cuando notó que empezaban á acercarse á dicho sitio, fue tanto lo que se turbó que casi no acertaba á coger las riendas.

— Pésia á mi! Elvira, la dijo Aguirre acercándose, qué tienes?

— Voy algo enferma; pero el reposo en Barguissimeto, si llegamos pronto, me hará mucho provecho.

Aguirre la miró fijamente y volviendo en seguida su mirada, notó en la Fovralva cierta somisa que le hizo entrar en sospechas.

— Algo ocultan estas mujeres, pensó; y mandando detener la tropa ordenó que descansasen un rato en aquel llano antes de internarse

en el desfiladero. En seguida dirigiéndose a Elvira le dijo:

— Desmóntate, pues toque estás enferma: el ejercicio a caballo te haré dañar sin duda: mejor será que vayas en una camilla.

— No, no, contestó ella alarmada: al contrario, el aire libre y el movimiento del caballo me alivian.

— Obedece y calla! y sin más decir la desmontó mal de su grado. Hizo traer del monte unas varas, con las que pronto estuvo concluida la camilla con tolda igual a la de los otros dos enfermos.

— Los enfermos irán ahora en la vanguardia, pues no quiero que se me queden atrás, dijo Aguirre; y tú, vieja habladora, montarás el caballo de tu ama y

para que no se canse demasiado te quedarás con
 los de la retaguardia

En este orden empezaron a desfilar por el es-
 trecho camino de los cerros: Hacía más de dos horas
 que Diego Garcia de Parídes con sus quince compañe-
 ros estaba embocado en el alto monte á pocas pasos
 de la senda, cuando vieron pasar, sin ser vistos, los
 primeros soldados de Aguirre. Los compañeros del
 Maese de Campo tenían un aspecto asaz original y
 hasta burlesco: todos estaban á caballo, pero los
 faeces y las sillas eran tan viejos y remendados y
 los frenos tan descabales que con dificultad mane-
 jaban sus cabalgaduras; no tenían más armas
 que lanzas de hierro mohosas, torcidas y sin acica-
 lar, y unos morriones y celadas de varias formas,

fortalecidas con retazos de paño mugriento de varios colores, acolchadas unas y otras rotas. El resto del vestido por el mismo estilo: solo Garcia de Paredes estaba bien armado y con ropas y aperos buenos. Estos eran, sin embargo, los soldados mas bien parados que que el Gobernador Collado habia puesto á las órdenes de Gutierrez de la Peña. Quedaban en Barquisimeto otros 60 de la misma catadura pero peor vestidos, y entre todos tenian 3 arcabuces, el uno sin cazoleta, y faltábales casi por completo balas y municion. Decir (escribe Jeray Pedro Simon (1)) que todos eran buenos ginetes por lo menos, seria levantarles testimonio y necesitaríamos volverles su honra, pues á solo los Capitanes se les entendia algo de esto, y los demás subidos á caballo

(1) " Sexta noticia historial. Capitulo XLVII

mas eran carga que caballos.

Un espia situado por Paredes cerca del campamento de Aguirre le avisó que Ibarra iba a caballo entre los soldados de la retaguardia. Asi, este con sus compañeros, vieron pasar sin hacer alto la vanguardia, las camillas con los enfermos y en seguida la demás tropa; pero cuando Paredes divisó a lo lejos una mujer a caballo rodeada de tres o cuatro soldados fatigados, dio la señal de ataque y arremetió sobre la retaguardia, mandando que mientras que unos se apoderasen de la mujer otros le ayudasen a defender la retirada de los que llevaban la presa. Peleando con brío, para impedir que los pocos marañones que hubieron volverse en aquella estrecha senda acudieseran a la

defensa de la que él creía Uvira, Pare des que estaba bien armado, como antes dijimos, pensando que Uvira ya estaría en salvo, se apartó aceleradamente del camino y desapareció entre el monte para reunirse a los suyos.

A poco rato los vio entre los árboles rodeando a la mujer a caballo y muchos de ellos se reían a carcajada. Cuál sería su disgusto cuando en vez de Uvira encontró a la Forralva.

— No me aseguran ustedes, mandria, dijo dirigiéndose al espía, presente en aquel grupo, que Doña Uvira iba entre la retaguardia en un caballo moro?

Antes de que este pudiera contestar, la Forralva dijo:

— Si a los dos dijo no se equivocaba: esta mañana mi ama

venía como dijisteis, pero al medio se le antojó al general hacerla llevar en andas y mandarme montar en su lugar.

— ¡Pera de Dios! exclamó García de Paredes; es decir que se ha perdido la oportunidad de salvarla.... Sin embargo yo no la vi pasar antes de vos y acaso se quedaría atrás?

— ¡Contrario, iba con vos de adelante....

— Pudiera ser, respondió Paredes mirando á sus compañeros, que lograríamos aún alcanzarlos: quizás después no encuentre oportunidad de rescatarla.

— ¡Ojalá lo hicierais pronto, Señor, dijo la Foralva, porque el enojo de su padre al saber lo sucedido, hue de llegar maltratarla.

— Yo conozco una senda que va á dar á una sabana

limpia y que es mucho mas corta que el camino que sigue el triano, dijo uno de los compañeros de Paredes, acordado en aquellos sitios, y creo que podriamos atacar la vanguardia antes de que salga de la montaña: la empresa se acometeria facilmente mañana temprano, pues ya es mas de medio dia y al paso que van los enemigos no alcanzaran a salir a lo limpio antes de anocheecer y tendran que hacer noche en el bosque.

- Y el punto es bueno para una emboscada? preguntó Paredes.

- Si lograráramos llegar a tiempo seria mejor que el de hoy, por que el camino es hondo y estrechisimo. Pero te advierto que la vereda que tendremos que seguir es peligrosisima....

— Eso no importa, dijo Paredes; vamos, amigo, tomad la delantera, que todos seguiremos.

— ¿Y yo que haré aquí sola? gritó la Foyalva al mandose y picando su caballo y bien veis, señores, que no puedo andar a vuestro paso!

— Tenéis razón, dijo Paredes acercándosele, ¿qué haremos con ella?

— No quisiera volverme a unir con mi arma, dijo la Foyalva, y así le podría dar aviso del nuevo proyecto de salvación.

— Bien pensado, repuso el guía; os pondremos en camino, porque tenemos que seguirle algunas cuadras para tomar el deshecho, y de seguro que si continuáis por el que siguieron los enemigos, en breve los alcanzareis.

Habiendo marchado durante una hora mas
o menos Aguirre mandó hacer alto en la orilla de
un riachuelo, por que pensaba detenerse alli a descansar
y esperar la salida de la luna para continuar
camino y llegar temprano al otro dia a Barquisime
to, pues hacia dos dias que no llovía y el tiempo pare
cia haberse serenado

Bajo Uvira de su camilla, declarándose ya ente
ramente refuista, y llamó a la Fomalva, pero como no
le contestare preguntó por ella al primer oficial
que vio

- Apuesto á que se la llevaron los que nos atacaron
á la entrada de la montaña, respondiéndole Uvira
no

- Por ventura, dijo Uvira palideciendo, nos atacaron? Yo

no oí nada.

— Los cobardes huyeron precipitadamente, dijo otro, y lo único que lograron quitarnos fue la bella persona de la Fovialva; que buen provecho les haga!

— Y se la llevaron?

— Así habrá sucedido, si no que desde entonces no parece.

Elvira no quiso preguntar más, sino que volviendo a la orilla de la corriente, así arrojada de todos y sola, permaneció largo rato triste, callada y cavilosa.

Volvio de su arrobamiento al oír la voz de su padre que la llamaba para mostrarle varias caperuzas acolchadas y remendadas que los sol

dad del Gobierno habian desado en el camino al
huir por entre el monte. Dábales vuelta en las manos
viéndose, y dirigiéndose a Elvira le decía

— Mira, mira las celadas que traen
los galeones del Gobierno de su Majestad. Ved Marañones
míos, repuso, cuán medrados están los servi-
dores del Rey de Castilla cuando andan con semejantes
andrajos! No advertis, soldados libres, cuánto me-
for o ha mirado la fortuna a nuestro lado? y hay
quien quiera fugarse para pasarlo tan miserable-
mente?

A la sazón se oyó el tróte de un caballo por el cami-
no que habian desado y momentos despues se presen-
tó la Foralva a quien recibieron con aplauso los mara-
ñones y le preguntaron de dónde venía y si se había quedado

(atras.

— Me asaltaron unos ladrones de cuadrilla creyéndome señora con joyas, pero cuando vieron mi pelaje y yo suspirase por esta agradable compañía me dejaron libre y heme otra vez á vuestras plantas.

Seguramente alguno de los soldados de Paredes le dio á beber aguardiente al tiempo de despedirse y ella, con el susto del ataque ó cediendo á la tentación, olvidó la promesa hecha á Elvira de no volver á embriagarse y venia con el juicio un poco trastornado; pero aún tenia el suficiente para que se acercara á Elvira y darla noticia del nuevo proyecto de Paredes para salvarla. El desconfiado Aguirre la miraba de hito en hito y algo notó en sus ademanes pues la impidió que se acercara á su ama y brindándole una bien repleta bota de

licor, ella no pudo resistir nuevamente á la tentacion y la recibio; empujándola en seguida, se tomó un largo trago, dejándose caer despues en el suelo en un estado de hebetamiento que le duró el resto de la jornada.

No habiendo recibido Elvira el mensaje de Paredes, quien le rogaba que procurase permanecer á la vanguardia en su carrilla, no se negó á montar, cuando se pusieron en marcha, en el caballo que tuviera por la mañana la Forralva que no podía ir sino cargada y atada á la mula que llevaba la ropa de su ama. Dijo le Aguirre á su hija que fuera en medio de la tropa con varios soldados que él tenia por sospechosos y á quienes llevaba sin armas y rodeados de otros que le eran fieles.

Aun no se habian puesto en emboscada los compañeros de Paredes en el sitio que les señalara el guía, cuando se presentó la vanguardia de Aguirre, que resultó ser mucho mas fuerte y ordenada de lo que él creía, y y tuvo que alejarse sin hacer un esfuerzo siquiera por salvar á Elvira por parecerle que exponia su vida sin ningun provecho. Así determinó volver á Barquisimeto aceleradamente y dar aviso de la próxima llegada del tirano. Como habia observado y contado la tropa de Aguirre, tanto Paredes como Gutierrez de la Peña juzgaron que con las miserables fuerzas que tenían á sus órdenes no les era posible atacar al tirano, y resolvieron salir del pueblo para no exponerse á una vergonzosa derrota con sus 80 voluntarios.

Antes de salir del pueblo sacaron cuantas provisiones tenían en las casas y al mismo tiempo dejaron regadas en todas partes muchas cédulas ofreciendo perdón a los que abandonasen al tirano, y pusieron en lugar visible una carta dirigida al mismo Aguirre en la que le exhortaban a volver al servicio del rey.

Capítulo v En Barquisimeto

La hoy ciudad de Barquisimeto era entonces un pobre caserío situado en otro sitio del que ocupa en la actualidad.

Aunque desde el principio de la conquista este valle era conocido por los conquistadores, que pasaban siempre por él para ir á descubrir tierras, solo en 1552 fundó allí el gobernador Juan de Villegas una población que llamó Nueva Segovia, situándola en un sitio elevado y a media legua de las barrancas del río, de modo que desde ella se gozaba de hermosa vista sobre el valle y de perfumadas brisas que bajaban de las montañas vecinas.

No tuvo á bien el tirano entrar al pueblo el mismo día que le avistó, sino que se detuvo á legua y media del caserío, á orillas de un riachuelo que quedaba en la parte superior de la población, poniendo su artillería de manera que pudiese dar sobre el camino que conducía al pueblo. Escribió

en seguida muy de prisa una carta dirigida á los habitantes de Barquisimeto y la mandó con un indio de los que había llevado del Perú; pero encontrando éste la población desamparada bajo hasta las barrancas del río en donde estaban acuarteladas las gentes del gobierno.

La carta de Aguirre decía

"Queridos vecinos de Barquisimeto: - Yo, José de Aguirre, guerrero insignie, aunque amigo de la paz, os suplico en nombre de ella que no os ausentéis ni desamparéis el pueblo porque os prometo sobre mi honor no haceros mal ninguno, no pretendiendo otra cosa que las comidas que he menester para racionar mi tropa y algunas calabazas, ofreciendo os hacerlo todo bien. Pero

si hubiese entre vosotros algunas personas que quisiesen irse conmigo al Perú los admitiré con gusto entre mis soldados y les daría luego en esa tierra tan rica y poderosa grandemente de comer. Pero si desoyendo mis palabras insistis en ahuyentaros del pueblo, hagoos solemne juramento de quemarle, destruir sus ganados y sementeras y hacer pedazos á tormento á cuantos pueda haber á las manos, procurando sin reparar en los medios que no se me escape ninguno

Vuestro amigo y servidor
Lope de Aguirre

Gutierrez de la Peña leyó la carta a toda la gente que tenía reunida, y resolvieron no darle contestacion ninguna y detener entre ellos al mensajero.

Cansado Aguirre de esperar la respuesta a su carta durante un dia y la siguiente noche, resolvió levantar el campamento y marchar sobre Barquin; sin embargo el 22 de Octubre. Antes de partir publicó un bando en el que ordenaba que el que se apartase del camino tres pasos sería pasado en el momento por la lanza del que estuviere mas cerca.

Marchaba el tirano con las banderas desplegadas, tendidos los estandartes, formada la tropa en escuadrón, llevando en sus sillas a los bagajes con las mujeres, los enfermos

y la artillería, cuando avistaron al otro lado del pueblo a la gente del Gobernador a caballo que le daban gritos desde lejos. Apenas lo vio Aguirre como a un tiro largo de arcabuz hizo alto en la orilla de un arroyo cerca de las primeras casas del pueblo y queriendo hacer alarde de su artillería mandó que descargasen simultáneamente todas las armas de fuego que llevaban, produciendo tan grande estruendo como las gentes del Rey no habían oído jamás en aquellos retirados parajes, en donde era gran cosa tener dos armas de fuego en buen estado. Conoció Gutierrez de la Peña que aquello no había de ser de acobardar a su gente y sintiéndose muy débil delante de las fuerzas enemigas tuvo a bien irse retirando poco a poco a me

did a que Aguirre penetraba por la primer calle del pueblo.

En tanto que esto sucedia Garcia de Paredes se habia metido con 8 companeros por un camino extraviado para dar sobre la retaguardia del tirano e intentar el rescate de Uvira. Efectivamente mientras que los soldados de Aguirre entraban victoriosos al pueblo, Paredes atacó con bizarría á los pocos soldados que escoltaban los bagajes y las mujeres. Reconocióle Uvira, saltó alborozada las riendas, levantó los brazos y le llamó á su lado llena de alegría. Abalanzose Paredes hácia ella, pero al mismo tiempo Aguirre, aterrado por el ruido del acometimiento, volvió riendas con veinte de su escolta, y á todo correr, con la furia de un torbellino se interpuso entre los dos primos, y

apoderado Anton Llamoco de las riendas del caballo de Uvira, salió a escape a incorporarse en el grueso de la tropa.

Harto tuvo que hacer Paredes, frustrado su intento, en proteger por sí solo la retirada de los suyos, y una vez asegurada se les reunió sin ser perseguido y llevándose cuatro cargas de armas y pertrechos.

En la parte alta de la población se veía una hermosa casa de fuertes adobes, cercada de un muro almenado que encerraba una cuadra entera, y pertenecía al vecino más rico de aquellas comarcas, llamado Damian del Barrio, antiguo militar. Allí se alojó Aguirre con su hija y sus guardias de más confianza, mandando que por aquella

noche se encerrase dentro de los muros todo el ejército, porque sin cesar temia que le abandonasen los suyos si quedaban libres de su influencia.

Al día siguiente viendo que las tropas del Gobernador no daban señales de vida, cual si se hubiesen retirado enteramente de los alrededores del pueblo, juzgó que era llegado el momento de cumplir lo que habia ofrecido a los suyos y les dio permiso para que saliesen del fuerte y empezasen el saqueo de la población a todo su sabor.

No pudo menos Aguirre de notar que muchos de los soldados, en lugar de manifestarse contentos con el botín, parecían tristes, meditabundos y cabizbajos, e inquirió la causa de tan desusada novedad.

— Apesar de que temo ofenderos avisandoos lo que sucede, contestó' d'lamoco, creó deber advertirvos que se han encontrado en muchas de las casas cédulas firmadas por el Gobernador Collado y dirigidas á nuestros soldados, ofreciéndoles, en nombre del Rey, cuyo representante dice que es, perdón' amplio y completo á cuantos se le incorporen antes del primer hecho de armas que tenga lugar entre los dos partidos. Además, añadió sacando del pecho un papel, también se encontró esta carta para vos.

Fernónla Aguirre y no sin inmuntarse la leyó, se revolviéndose inmediatamente hácia su amigo le mandó convocar á los oficiales y soldados para dentro de media hora en la plaza. Cuando todos estuvieron reunidos se pre-

sentó Aguirre y en medio del mas completo silencio le habló de esta manera:

"Sabido he, señores, que habeis hallado unas cédulas del Gobernador, en que os induce á que os paseis á él, prometiendo perdonaos las maldades que habeis cometido, y como hombre experimentado en estas cosas, y que os deseo el bien que para mi, os quiero desengañar de ese señuelo que os han puesto, y aconsejaros que no os fiéis de Gobernadores, ni de sus papeles y firmas; pues acordandovos de las maldades ejecutadas con no pocas muertes, robos y destrucciones de pueblos, podeis tener por cierto haber sido tan atroces que ni en España, ni en las Indias, ni en parte ninguna hay memoria de que alguien las haya hecho tan

calificadas; las cuales os certifico que cuando el Rey en persona os las quiera perdonar, que no se yo si lo podrá hacer, cuanto menos un licenciado de dos nominativos, como Pablo Collado. Los parientes y amigos de los que habeis muerto os han de perseguir hasta veros en la horca, poniendovos afrodos de traidores y otros que os harán las vidas corridas y afrentadas, pues no habrá estanciero ni calpisté que no os vitupere y baldone con nombre de ladrones y aun os quiera poner las manos; y al cabo habeis de venir á morir malas muertes, y vendrá un bachillerejo de nada y os cortará las cabezas, á no ser que hechemos muertes y hazañas en un día que todo os cuantos se han alzado en las Indias contra el Rey. Cada

cual mire por si y no se fie de ligero ni haga cosa de que presto se arrepienta. Repito lo que os he dicho antes, y es que en ninguna parte podreis estar mas seguros y descansadamente que aqui juntos, no fiando en estos papales del Gobernador que todos son punta amarga para nosotros y pildora dorada, que de bajo de este color quiere que haguenos el veneno y ponzoña que trae. Consideremos tambien que si ahora pasaremos trabajos y hambres, adelante tenemos guardados los descansos y harturas; y poco importa que vamos peregrinando con inquietudes puesto que hemos de llegar al Perii, donde con abundancia de todo hallaremos sosiego. Concluyo diciendo lo que otras veces: que procuremos vender bien caras nuestras vidas haciendo

lo que somos obligados.

Escucharon los soldados a aquel discurso con diversos sentimientos; pero lo cierto es que no le aplaudieron como lo hacian siempre, y en vez de entusiasmo demostraban los semblantes cierta inquietud y desavogio que no contentaron al tirano. Despechado con este contratiempo, pero sin atreverse a descargar su saña en los soldados descontentos ya, la descargó sobre los ausentes vecinos de Barguissimeto, mandando incendiar todas las casas en que se encontraron las cédulas, y dejando solo en pie la que él habitaba y algunas que necesitaba para alojar a los soldados que no cupiesen en aquella. Querióse tambien

gran parte de la Iglesia, que era de paja, cosa que es
candalizo a los Morañones, que temieron los cas-
tigase Dios por aquel hecho mas que por todos los
demás. Aguirre trató de tranquilizarles las con-
ciencias mandando que sacasen los ornamen-
tos e imágenes de la Iglesia y que se esforzaran
en apagar el fuego, para dar á entender que no
se había quemado de proposito sino por casuali-
dad y descuido, pues siendo todo de paja había
sido difícil atajar las llamas.

Mofóse á Urvia en el apocento mas se-
guro de la fortaleza, que constaba de dos piezas,
teniendo una de ellas un balconcillo volado
con vista sobre uno y otro campamento. Perdi-
da la antigua confianza en la Forralva, Aguirre

no la permitia salir de la fortaleza a ninguna hora del dia, y del apocento de su arma solo dos o tres veces para llevarle los alimentos. No obstante la estrechura de la prision Elvira no la pasaba tan mal, puesto que desde su mirador columbraba a Garcia de Paredes, que sin cesar andaba por los alrededores de la quemada poblacion a despecho de los peligros, estudiando la posicion del enemigo y complaciéndose en ver a los lefos a Elvira, que le dio a conocer en donde estaba desde el dia siguiente de su llegada haciéndole señas con un pañuelo: pero si ella lo avisto, no defarón de hacer lo mismo los centinelas de Aguirre quienes dieron el alarma, y en breve salieron a perseguirle, aunque en vano

La intranquila reclusa se arrodilló para darle gracias á Dios de haberle concedido la dicha de ver á Paredes sano y salvo. Furbóla en su oracion la voz de su padre que le decia entrando á su aposento:

— Ruega! ruega! hijóvrita! Pero no creas que yo me pago de esas mofigangas, pues vi por mis ojos las señas que le hiciste á tu digno pariente, el Abaese de Campo Paredes, y vengo á advertirte para tu gobierno que he dado orden á los centinelas que maten á cualquiera que se atreva á asomarse á ese balcon: así obra sobre ese aviso y mira bien lo que haces. Bien sabes, mala hija, que no tolero en mi campamento traidores que tengan comunicacion con los contrarios. Bastante estorbo me haces y no quiero que por culpa tuya los ene
(migot)

sepan lo que pasa aqui

— Entonces, si os hago estorbo, defadme salir de este lugar, que yo encontraré un asilo mas seguro.

— Benditas y santas monjas fueron las que te criaron! exclamó él con acento de mofa y con que ellas te enseñaron que era mejor la proteccion de tu amante que la de tu padre.

— La proteccion de mi esposo deberiais decir, respondió ella con brio, pues bien sé que en el acto de reunirnos cumpliria la palabra de matrimonio que me dio en Trujillo, y que entonces se llevara á efecto si vos no lo estorbarais para mi mal.

Una exclamacion insultante fue la contesta-

cion de Aguirre, añadiendo con una mirada feroz:

— ¡Si! ¿no sabes que me gozo en verte sufrir por que eres de la familia de Paredes de quien fuere vengarme hasta acabar con ella? Yo le clavé mi puñal á tu tío el Caballero de Abalta: tu madre habrá llorado y llorará por tu ausencia; y ahora gozo la dicha de tenerte prisionera ante los ojos mismos de tu pariente Don Diego, que si se descuida y cae en mis manos pondría en tormento con el esmero de quien vive para la venganza. Ya ves, añadió, que de mí no podías nunca esperar misericordia.

Dicho esto salió, dejándola aterrada.

Capítulo VI

Llegan auxilios á las tropas del Gobierno.

En tanto que sucedían estas cosas en Barquisimeto en Gobernador Pablo Collado no tenía un momento de sosiego, esperando y temiendo que le llegase la noticia de la derrota de Gutierrez de la Peña y Paredes y el próximo arribo de Aguirre al Focuyo. Preparábase para huir mas lejos cuando llegó el Justicia Mayor, Don Pedro Bravo de Molina, con el socorro ofrecido del Nuevo Reino de Granada. El Gobernador Collado ha dejado bien sentada en la historia colonial la triste reputación de inepto y cobarde, y, des pues de leer lo que de él dicen las crónicas de

aqueel tiempo, no hemos encontrado motivo alguno para rehabilitarlo; convencidos de que si bien muchas veces la tradicion es errónea, en este caso ha transmitido la pura verdad. Pedro Bravo le anunció que no continuaba su viaje hasta Barquisimeto sino le acompañaba él en persona para dar mayor autoridad a las operaciones. Herrado el misero Gobernador con semejante proyecto, se excusó bajo pretexto de que su mala salud no se lo permitía; pero el Justicia rechazó la excusa perentoriamente, y el otro tuvo que acceder, aunque casi soltando las lágrimas.

Inmediatamente hubo de ponerse en marcha algo animado por el aspecto sereno y varonil de los soldados del Nuevo Reino de Granada (da,

que eran 60 hombres, tanto de a pie como de a caballo, y todos con buenas armas y pertrechos. Sabiendo Bravo y sus compañeros que Don Pablo llamado era en extremo económico y miserable, como eran todos estos de humor alegre y divertido, le dijeron que aunque ellos no reclamaban nada por sus servicios, recibirían con gusto la recompensa que les quisiese dar; pero fue tan ruin cosa lo que les ofreció que todos se rieron, asegurándole que solo habían querido probar su generosidad, y que estando ya satisfechos de su ejemplar largueza, no le aceptarían cosa alguna si por equivocación llegaba a ofrecerla.

Lo ardiente del clima hizo preferible el caminar de viaje toda la noche, llegando

a Barquisimeto cuando empezó a salir el sol; y en aquel punto se les presentó un mensajero que llevaba para Don Pablo Collado una carta de Aguirre. Mandó detener Collado a la gente y abriendo la carta del tirano leyó lo siguiente:

"Muy magnifico señor. — Entre otros papeles que de vuestra merced se han hallado en este pueblo, estaba una carta suya a mi dirigida, con mas ofrecimientos y preámbulos que estrellas hay en el cielo. Para conmigo y mis compañeros no habrá necesidad de que se tomase ese trabajo, pues yo bien sé hasta donde llega su ciencia, y en lo que toca a hacerme mercedes y favorecerme con el Rey, fue superfluo lo que vuestra merced me

ofrece, porque bien se' yo que su privanza y su
fanza no llega al primer nublado. Y si el Rey
de España hubiera de pasar por la lig que entre
vuesa merced y yo se hiciera, yo la aceptaria y aun
diera á vuesa merced armas aventajadas; mas todos
los tengo por ardidés de los que usa con sus caballe
ros que ganaron y poblaron esta tierra, para que
vuesa merced con sus dos nominativos les viniere
á robar su sudor, con título de decir que viene á ha
cer justicia, y la justicia que se les hace es inquirir
cómo conquistaron la tierra para por esta via ha
cerles guerra. La merced que de vuesa merced quie
ro es, que no nos evidemos de tentar las corazas,
pues sabe vuesa merced lo poco que en ello puede
ganar, porque mis compañeros se han dado tan por

por sus perdones cuanto es razon, y tienen pro-
puesto de vender las vidas muy bien vendidas. Yo
no pretendo nada en esta tierra, mas de que por mis
dineros me provean de algunas cabalgaduras y de
otras cosas, que además de pagarlas muy bien, se pre-
servara á vuesa merced y á su gobernacion y pue-
blo de ella de hartos daños, que yo mis compañeros
le haremos, si por otra via no se quisiese llevar:
por que en las muestras que en la tierra hemos vis-
to nos han puesto alas y espuelas para no detener-
nos en ella, que por unas caperuzas ó sombreros y
lanzas que por huir unos soldados de vuesa mer-
ced dexaron en el camino hemos visto cuán me-
drados deben de estar los demás! Y volviendo á la
carta, no hay para qué vuesa merced diga que

andamos fuera del servicio del Rey, por que pretendemos hacer yo y mis compañeros por las armas lo que hicieron nuestros antepasados, no es ir contra el Rey. El que nos haga buenas obras le tenemos por señor, y al que no, no le conocemos: y así ha muchos dias que nos desnaturalizamos de España y negamos al Rey de ella si alguna obligacion de servirle teniamos; y así hicimos nuevo Rey, al cual obedecemos y como vasallos de otro señor, bien podemos hacer la guerra contra quien hemos jurado hacerla, sin incurrir en ninguna nota de las que allá se nos ponen. Y concluyendo en todo digo, que así les haremos las obras como vuesa merced y sus republicanos nos hicieron la veindad; y si quieren buscarnos, a

qui nos hallarán con las manos en la masa, y mientras mas aína nos dieren el aviso que les suplico me den, con mas brevedad nos iremos desta tierra. No me ofrezca el servicio de vuestra merced, porque lo tendré por infido ofrecimiento.

"Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde largos años."

"Su servidor

"Lope de Aguirre"

Riéronse todos de las chanzas e insolencias del tirano, menos el gobernador que temblando y derramando lágrimas sin poder contener la expresion de su cobardía, al fin dijo:

— Pluguiera á Dios que el suceso desta

guerra se dejara entre Aguirre y yo, porque aun
 que el desbarra tanto en su carta, quizás él hi-
 ciera conmigo lo que yo hiciera con él, y á buen
 seguro quedaríamos con la victoria. Mas Dios lo
 ha ordenado de otra manera: démosle gracias por
 todo; nuestros pecados deben ser la causa de tan-
 tos males, que hasta aqui lleguen á alcanzar
 las centellas del Perú, y á darnos estos disgustos y fru-
 vernos en éstos aprietos!

Esto lo decía con tantos suspiros y demost-
 raciones de mi febil sentimiento, que dio ocasion
 para que todos sus compañeros se burlasen de él
 y lo despreciasen, siendo en adelante el blanco
 de la mofa y el objeto de cuantos chistes y dichos
 se les ocurrieron á los soldados del Nuevo Reino, mu-

choe de ellos oriundos de Santa Fe en donde jamás ha escaseado el agudo decir y la propension a burlarse del prójimo que tiene la desgracia de caer en ridiculox.

A mediodia llegaron al campamento de Peña y Paredes, en donde los recibieron con aplausos. Tan oportuno auxilio levantó los ánimos de los mal hechos soldados y voluntarios venezolanos, que dudaban pudieran vencer a los enemigos, veteranos y bien armados.

La noche del día de la llegada de Pedro Bravo, y en tanto que allí todo era alegría, en el campamento de Aguirre los soldados habían perdido el brío y se manifestaban tristes, callados y taciturnos. El tirano comprendió que aquel estado de

Los ánimos podían traerle su pérdida, y no atreviéndose á desfogar su cólera como siempre lo había hecho, mandando matar á los que le causaban enojo, temeroso de que le abandonaran se le ocurrió de repente que para distraer á su tropa bueno sería proporcionarle una diversion agradable, que consistió en ordenar á Elvira y la Forralva que tocasen y cantasen algunas tonadas alegres dándoles dos vihuelas que había encontrado en la casa. Elvira trató de excusarse diciéndole que ella jamás había cantado y que, aunque le hubiesen enseñado, de seguro ya lo tendría olvidado; lo que de tal manera encolerizó á Aguirre que amedrantada la Forralva dijo que ella sí sabía tocar, y que su ama trataría de acompañarla

como fudiese.

Mientras que la criada templaba el instrumento Aguirre convocó á todos sus oficiales y soldados menos á los centinelas, reuniéndolos en una sala baja de la casa que ocupaba, y obsequiándolos con algunas botellas de licor y botas de buen vino que había encontrado en la bodega de Don Damian del Barrio.

Comenzaba la Forralva una cancion cuando entró en busca de Aguirre el oficial de guardia para anunciarle que habian cogido en los afueras de la casa á un negro que trataba de escalar el muro.

— Y qué dice el negro? preguntó Aguirre ¿de dónde y á qué viene?

— No hemos querido interrogarlo, respondió el oficial, antes que vos.

— Hacedlo entrar.

Se abrió la puerta exterior y dos soldados empujaron dentro del salón á un negro abado y herido en una mano, que con aire humilde y abatido y los ojos bajos aguardó que le interrogaran.

— De dónde vienes, cara de hollín? preguntóle Aguirre.

— Señor, señor, mi amo, no me mate su merced? exclamó el negro puesto de rodillas.

— Habla, menguado, y despues veremos qué se hará contigo.

— Mándeme su merced desatar la cuerda de las manos, porque me duelen tanto que no sé qué

hacer! Y el negro lloraba amargamente y exhala dos
dos gemidos.

Mandó Aguirre que quitaran las ligaduras y le de-
jaran libre. En tanto que los soldados soltaban las
cuerdas, el negro dio una rápida mirada en torno su-
yo y se fijó particularmente en Elvira.

— ¡Ay! mi amito, dijo cuando se vio libre, yo le confesaré
todo, todo, si no me mata vuesa merced.

— ¿Qué tienes que confesar? ¿Quién te
mandó aquí?

— Mi amo Don Damian del Barrio, dueño de esta
casa.

— ¿A qué?

— De veras no me mata vuesa merced si confieso? por-
que mi amo me encargó que me dejara matar antes de decir

alogue habia venido.

— Te doy mi palabra de no hacerte nada, contestó Aguirre, y añadió en voz baja, antes de ir a mañana.

— Me mandó que me entera aquí y viera si estaba la casa quemada, y también me dijo...

— Te dijo? villano trafacero, mientes! interrumpiolo Aguirre: te mandó de espía para que contaras cuánto nos somos y si tenemos bastantes armas: también te encargó que dieras a mis soldados que premiaría a los que me abandonasen. ¿No fue así?

— ¡Ay! mi amito, mi amito! gritó el negro proster mándole y frunciéndose como si le azotaran, cómo lo ha adivinado sin merced?

— No te importa cómo, hijo del infierno: que le pongan un par de grillos a este mono negro, gritó Aguirre.

— No, no, dijo el negro arrastrándose por el suelo, no me haga nada y le diré todo lo que dicen en el otro campamento, y le daré razón de cuántos son ellos y qué armas tienen.

— Bien, dijo Aguirre, dime cuántos soldados hay en ese burlesco ejército español.

El vira notó que el negro reprimió una sonrisa al oír las palabras de Aguirre a quien él no miraba en aquel momento.

— Virgen santísima! mi amo: ahora que se les juntó un ejército que vino de Mérida son tantos, tantos! Parecen hormiguero, mi amo.

— ¿Qué más? preguntó Aguirre para disimular su desagrado.

— Esta mañana llegó al campamento nada menos que el Señor gobernador Collado.

— Temible adalid entre gallinas!

— Pero traía el refuerzo que había ofrecido Don Pedro Bravo.

— Bah! algunos cuatro indios cargados de miedo.

— No, mi amo: vinieron muchos soldados bien armados.

Los marañones que estaban presentes se acercaron con manifiesto interés y el negro añadió:

— Yo los conté y eran 200 hombres muy bien aderezados y con buenos caballos, sin contar los jefes.

— Docientos hombres! dijo el tirano algo turbado, mientras que los soldados se miraban unos á otros: no hay tantos en todo el Reino.

— Y no solamente es eso, sino que oí decir que habían quedado en Mérida 500 hombres más de refuerzo con un Oidor de la Audiencia de Santafé!

— Quinientos hombres más! exclamaron todos.

— Mentiras, engaños, tretas! contestó el tirano, fingiendo impavidez. ¡Y, si tenía tanta gente el Pedro Bravo, porque no los traía?

— Porque dijo que con 200 hombres armados tendría para venceros.

— Venceme á mi! ¡No tal! gritó Aguirre sacando la daga de la vaina con furia.

Un negro creyó que era llegada su última hora y, para calmar á aquel monstruo, añadió:

— Pero, como dice en esa merced, eso no lo lograré porque á estos señores soldados lo veo mas animoso y valientes que los que desé allí.

— Salgan todos de aqui, gritó el tirano, y quitenme á este negro embustero de delante. Que le pongan en estrecha prision hasta mañana y que no se le permita hablar con nadie. Mañana averiguaré lo que haya de cierto en esto, y si lo que ha dicho resultare enredos y embustes, como presumo, lo enfalaremos para escarmiento de espías.

Aprovechando la orden de su padre Elvira salio con la Foralva y se encontró en un pasadizo oscuro con el negro, quien tirándola del kafe le dijo al oido:

- ¿Es su merced Doña Elvira?
- Sí, contestó ella en el mismo tono.
- Reciba esto, dijo él: deslízole en la mano un papelito que sacó de entre la enmarañada cabellera y siguió á toda prisa tras los soldados, que bajaban al patio. Elvira subió apresurada con su compañera el aposento en que bajo de llave la custodiaba Llamoso.
-

Capítulo VII

El mensaje de Diego García de Paredes.

Apenas estuvo Elvira sola en su estancia con la Foralva quiso leer el papelito que le había entregado

6/70

pero se encontró sin luz y no se atrevió á pedirle por no despertar las sospechas de Llamoso. Hubo de esperarse, pues, á que tuviera el alba y entonces pudo leer lo siguiente:

"Querida Elvira - Hoy bajaré con algunos compañeros hasta la quebrada que corre cerca de la población y á donde he visto que van á lavar las indias del servicio del campo enemigo. Si pudieras salir hasta allá disfrazada, te prometo salvaros antes de venir á las manos.

Vuestro fiel esposo.
Diego"

- ¡Díeme vivo! ¡Díeme vivo! exclamó Elvira, nunca lo lograré!

— ¿Qué tiene vuestra merced? dijo la Sorralva desper-
tando.

Ulvara le leyó el papelito y la criada se quedó un rato
pensativa: al fin le dijo:

— ¿Será más inconveniente, señora, en fiar a vos
mis ropas?

— ¿Qué lograría con eso?

— Ya vereis: iré a pedir licencia para salir con las in-
dias a lavar ropa fina, y, bajo pretexto de bafar el a-
do, os vestiré la ropa con que me vieron; seros de
casi igual estatura y para mejor engañar os haré
gruesa, y cubriend vos la cara con el rebozo de la-
na que se usa en el Perú, no dudo que podreis sa-
lir sin inconveniente.

— Y tú te quedarías aquí!

— Pues...

— No, no, dijo Elvira, porque mi padre descargaría sobre ti su cólera y te daría la muerte sin remedio. No, Maria, prefiero quedarme y correr todo riesgo si habia de ser a costa de tu vida.

— Se me ocurre una idea! exclamó la criada; si vuestra merced se disfraza, porque no lo he de hacer yo tambien? Me vestire como una de las Indias Peruanas y saldre en medio de todas ellas; yo conozco una de ellas que me prestará su vestido.

Aceptó Elvira con gusto aquel nuevo plan, y mientras la Foralva bajaba a hablar con las Indias y preguntar la hora de su partida, Elvira alborozada ensayaba su disfraz. Cuando llegó

la hora, la Forralva logró bajar á pedirle á Aguirre la licencia que necesitaba.

Felizmente el tirano no estaba de muy mal humor, porque habian logrado varios de los suyos apresar un novillo que llevaban unos campesinos al campamento enemigo; aunque la recibió mal, al fin le concedió la licencia escrita para que la desasen pasar los centinelas.

Momentos despues bajaba Ulvira las gradas paso á paso y encubierta con los vestidos de su criada: seguiala ésta disfrazada de India y con un grande atado á las espaldas, fingiendo ser la ropa que iban á lavar. En silencio le fue presentando Ulvira á cada centinela el pase de Aguirre, y ellos sin mirarla la desaban pasar. Atravesó

el patio exterior e iba à tomar la puerta, pasando delante del último centinela, cuando se oyó un gran tumulto por el lado de arriba del pueblo y vieron acercarse hasta corta distancia del fuerte uelo à muchos hombres à caballo gritando à los marañones que entregasen al Firano y ser indiesen con lo cual quedarían perdonados, añadiendo que procurasen hacer aquello antes de que se rompiesen las hostilidades porque despues ya no tendrían las mismas mercedes.

Agachose Uvira apenas desaparecieron los soldados del Gobernador e iba à pasar frente al último centinela, cuando este, cruzando el arcabuz en el hueco de la puerta, dijo:

— ¡Bote! la vieja ¿quién te ha dado permiso para salir con las indias del servicio?

— ¡Veg! contestó Elvira en voz baja mostrando el pase.

Las indias pasaron adelante, e iba ella a hacer lo mismo cuando entró un soldado al patio gritando:

— ¡Alas armas! ¡Alas armas!.... He visto desde lejos venir la tropa enemiga.

Las indias se volvieron a entrar corriendo en el momento mismo en que salía Aguirre al patio

— ¿Qué hacen estas mujeres aquí?

— Son las indias que iban a la quebrada con la Forralva a lavar

— La Fomalva aquella! gritó Aguirre abalanzándose á lluvia, y arrancándole el rebozo descubrió la pálida fisonomía de su hija.

— Con que éstas teníamos, malditas hembras! gritó fuera de sí.

Pero ella no esperó más, sino que echó á correr con dirección á su aposento, seguida de la Fomalva; mientras que las Indias salían de nuevo á su oficio pues resultó falso el alarma, según se vio en el acto.

Felizmente distraeron á Aguirre con la noticia de que se habían huído dos soldados con el negro á quien custodiaban.

El tirano anunció que iba en persona á capturar á los fugitivos y castigar á los

enemigos, y ordenó que se preparasen á salir bajo su mando contra el otro campamento.

Paredes habia visto de lejos á las indias bajar á la quebrada y arremetiendo sobre ellas con diez quietes, mientras los unos apresaban las indias y las ponian á la grupa, otros hacian recofida de la ropa, presa nada despreciable para los desnudos milicianos.

Acanzaron á ver aquel hecho áriday los centinelas de Aguirre y dieron el alarma, saliendo Aguirre á la carrera con los primeros que lograron montar; pero cuando llegaron al arroyo no habia ni señal de los enemigos, y no resultó de esta salida sino la fuga de otro soldado que se ocultó entre los rastrojos y despues fue á rendirse al go
(bernador.

Alarmadísimo Aguirre con lo que sucedía y el incipiente descontento que bullía entre sus marañones, y pensando con razón que era preciso acabar de cualquiera manera y salir de ésta situación, al cerrar la noche mandó á dos de sus Capitanes de mas confianza que arremetieran sobre el campo enemigo á deshoras de la noche con 60 arcabuceros bien experimentados y de los mas fieles. Pero era la oscuridad tan completa que se desviaron del camino, encontrándose sin saberlo con un vecino de Nirgua que iba á unirse al Gobernador Collado y que llegando al campamento antes que los enemigos, dio el alarma: apercibieronse todos en silencio y formados en columna salieron al en-

cuentro de los enemigos, cogiéndolos desprevenidos cuando comenzaba á aclarar y volviéndose el plan de los Marañones al revés de lo que habían pensado. Creyendo que las tropas del Gobierno eran muy superiores, apenas las avistaron empezaron á retirarse y al fin hicieron alto para ampararse detrás de unos barrancos entre matorrales, lo que impidió que les acometiera la caballería de Pedro Bravo, que era lo mejor del ejército del Gobernador. Apenas supo esto Aguirre, montó en un hermoso caballo color morcillo que había robado en Valencia, y partió con el resto de su tropa á socorrer á los suyos. Cuando notó Peña que venia más gente enemiga y que él estaba en mal sitio para pelear, empezó á retirarse para sacar de sus trincheras

a' los Mbarañones: mientras que estos caían en el lazo que les habia tendido, saliendo del abrigo de los barrancos y matorral, Paredes se destacó del cuerpo principal con una manga de caballería y dando un rodeo se puso á espaldas de los enemigos, que se encontraron entre dos fuegos; porqué al ver Peña que Paredes habia realizado su heta volvió caras y cargó sobre los rebeldes. Salio á la palestra Aguirre con sus mejores arcabuceros y atacó con denuevo á los que vio peor armados; pero apesar de tener la ventaja por la calidad de su gente, los otros se defendieron con brío, le mataron el caballo y pusieron su tropa en derrota, y aunque el tirano les gritaba:

— Deteneos! cobardes, pusilánimes, traidores!
Uloscorrían desalados á buscar el abrigo del fue-
blo.

— Es posible, Marañones, que unos vaqueros con
zamarros de ovejo y rodela de vaca, les decia, se
han de atrever á atacarme y que vosotros no derru-
beis ninguno sino que huyais como unos viles?
Volved la faz, miserables! Volvedla!

Peronninguno le atendio sino que,
aguifoneados sin duda por su mala conciencia,
no quisieron pelear; anhelando solo esconderse en
la casa-fuerte

En tanto aquel Capitan Diego Firado que
sirvió de mensajero á Aguirre en Margarita, y
que siempre habia sido de toda su confianza,

se apartó repentinamente de los suyos y se acercó á las tropas de Peña gritando:

— Viva el Rey! Viva el Rey! Y corrió á entregar su espada al Teniente General, quien se la devolvió nombrándole allí mismo Capitan de una compañía y le envió á escaramuzar á vista de los rebeldes para que siguieran los demás su ejemplo. Otro, llamado Francisco Caballero quiso hacer lo mismo; pero antes que lo llevara á cabo lo entendió Aguirre, y llamándole le obligó á entrar al pueblo y sin detenerse más se metió con toda su tropa detrás de los muros de su casa.

Apenas se encontró en la casa fuerte con los suyos, cuando se soltó á injuriarlos bla-

mandolos, no sin razon, cobardes y de espíritu apocado y miserable. Todos le escuchaban en silencio, esperando que de repente hiciere algun horrible castigo en muchos de ellos; pero no fue asi, sino que llamando á Anton Llamoso y á otros de sus adictos los llevó a su aposento, donde haciendolos sentar se puso á escribir con movimientos de rabia.

Pasado un buen rato volvióe hácia sus Capitanes y les dijo:

— Oid éstos nombres y decidme qué opinion tenéis de éstos soldados.

Y leyó cincuenta nombres.

— No sé qué opinion particular podemos tener de éstos nombres, contestó Llamoso

— Os parecen buenos y fieles

— No son, talvez, los mejores de la tropa.

— Pues bien, llevad la lista y esta misma noche les hareis dar garrote.

— Mandais matar a cincuenta soldados!... exclamó llorando. ¡Pues no veni general que no tenemos hombres de sobra, sino muy al contrario?

Aguirre permanecio callado.

— Y no habeis pensado, señor, dijo otro, que semejante matanza seria funesta? Desagradarse harian los demás antes de que luciera el dia de mañana.

Después de una larga discusion convinio al fin aquel tigre en que no los mataria pero si que ~~los~~

desarmaría en el campamento y en el combate los pondrían al lado de los mas adictos a su causa, con orden de matarlos al momento que sospechasen que intentaban huir

Convocó entonces a todos los oficiales y les notificó que se preparasen para salir dentro de dos o tres dias de Barquisimeto, pues habia resuelto regresar a la costa y no seguir por tierra, porque encontraba que el fraso por alli era muy dificil. Con esto los despidió y se retiró a dormir, mientras que en todos los suyos reinaba el desaliento y la tristeza.

Fuivose noticia de la intencion del tirano en el campamento del gobernador, porque no faltaban en el interior del fuerte uelo muchos espías,

y resolvieron situar en torno del pueblo ocupa-
do por Aguirre rondas volantes que impidieran
la salida á buscar viveres, y en efecto continua-
mente habia 40 hombres á caballo que los ataca-
ban apenas salian. Causaron aquellos valientes
tanto terror á los Marañones que rehusaban
apartarse de los muros á pesar de las órdenes de
Aguirre, ni él se atrevia ya á mandarlos fue-
ra porque siempre se desbandaban algunos,
yendo á aumentar las fuerzas enemigas, ó
volvian sin haber conseguido lo que necesi-
taban. El hambre les apuraba mas y mas,
y empezaron á comerse los caballos y los fierros,
lo que aguijaba á Aguirre para disponer activamente
la partida, que habia de hacerse en silencio y cubiertos
por la oscuridad de la noche.

Capitulo VIII

Dárese aqui fin á la historia del tirano Aguirre.

Habia estado tan atareado el tirano que, felizmente para Uvira, desde que la descubrió disfrazada en el patio de la fortaleza, no habia vuelto á verla; pero no por eso estaba libre, pues llamoso la vigilaba sin cesar y la mantenía en la mas estrecha prision. Apesar de su encierro siempre tenia noticias de lo que pasaba en la guarnicion, pues la forralva cuidaba de averiguarlo cuando bajaba á la cocina en busca de la escasa racion que les tocaba.

Una noche Uvira sintió que tiraban á su balconcitos pedradas, y desde luego presumió que al-
(quien

la llamaba. Se levantó y abriendo las puertas que daban al mirador se asomó, retirándose inmediatamente temerosa de una acechanza; pero apenas se hubo retirado cuando cayó otra piedra a sus pies, y en seguida oyó cerca del fuerte el paso acelerado de un caballo y alcanzó a ver que se afeitaba un caballero cuyas armas relucían a la luz de la menguante luna que se ocultaba en el horizonte. Los centinelas que oyeron el ruido del caballo dieron el grito de alarma, sin más resultado que hacer poner en pie la guarnición y aumentar las patrullas.

Apenas lució el día, Elvira leyó el papel que envolvía la piedra, y decía:

"Fenemos noticia de que mañana se mo-

verá Aguirre con su tropa: le atacaremos á la salida y cogémosle prisionero, pues sobra gente para ello. Permanece el lo más posible dentro del fuerte, por que allí es en donde se encontrará segura después de la victoria."

Diego.

Efectivamente la partida estaba dispuesta, y en las primeras horas del día se reunió toda la tropa, harto disminuida, en el patio exterior en donde Aguirre les pasó revista.

Habíanles notificado á Olvira y la Jorralva que bajarán también, y Aguirre tuvo el capricho de intimar á su hija que vistiese sus mejores ropas y se adornase con sus joyas, pues que

ría

que los contrariase la viesen ataviada cual convenia a la hija de un general. Sus razones tuvieron llura para obedecer esta orden sin repugnancia, y se vistió con el esmero de una novia un corpiño y saya de raso amarillo; pero no quiso bajar al patio, presenciando las siguientes escenas desde las gradas.

Cuando se dio la voz de marcha los soldados que no llevaban armas permanecieron quietos.

— Porque os deteneis? les preguntó Aguirre acercándose a ellos y no habeis oído la voz de marcha?

— Si, pero no queremos seguir en esta forma; contestó uno de ellos.

— Y porque, mancebitos?

— Porque no se afrenta así a soldados fieles y valientes como nosotros, contestó otro en tono resuelto; y no daremos un paso hasta que se nos devuelvan las armas, porque de otro modo sería lo mismo que sacrificarnos, puesto que es seguro que el enemigo nos atacaría y nos mataría si no pudiéramos resistirle.

Conoció el tirano que aquello tenía visos de un motín cuyas consecuencias serían muy graves, y disimulando su enojo les contestó con buenas palabras que tenían mucha razón y que les pedía perdón por el error que había cometido quitándoles las armas, y en consecuencia mandó que se las restituyeran. Pero éston conten-

(to)

a los soldados, que continuaron manifestando se muy sentidos por la desconfianza que de ellos habia tenido su General y no quisieron admitir la merced que les hacia, si él en persona no presenciaba la entrega de las armas y legitimas palabras de desagravio.

Asi se hizo, pero este incidente exigió cambiar el orden y la disposicion de la marcha, y estando en esto llegó aviso de las descubiertas de que veian venir hacia ellos una manga de Caballeria de enemigo comandada por Pedro Bravo y Paredes. En el acto mandó Aguirre que saliese una escuadra con el Capitan Gerónimo de Espinola para despejar la salida del pueblo, y vuelto a Ibovia le dijo:

— Es probable que ya no haya viase: vuelve á su aposento á aguardar órdenes.

Llamoso fue detrás de ella y la encerró con la Forralva.

Mandaba que regresaran los que estaban ya fuera de la casa fuerte cuando entró un negro gritando:

— Se han pasado los hombres del Capitan Espino á las tropas del Rey.

— ¿Todos? preguntó Aguirre frunciendo el ceño.

— Todos.... y otros que encontré en el camino se disponían á hacer otro tanto.

No bien hubieron oído aquello los demás soldados que estaban á la puerta y en el patio, salieron
(con

corriendo á encontrar á los del Rey, gritando:

— Viva el Rey! Viva el Rey! que á ser-
virle venimos. Y se incorporaron á los otros,
sin piedad para su antiguo jefe que tanto los
había halagado, y le dejaron solo!

Paredes juzgó terminada la campaña,
anunció que se reservaba el tomar prisionero
al tirano, y pidió á Pedro Bravo que fuese en
busca del gobernador para que presenciara las
últimas escenas.

Parecióle bien á Don Pedro lo propuesto y al
momento y volviendo riendas corrió con la no-
ticia al campamento del gobernador, mien-
tras que Paredes entraba al pueblo y se dirigía á
la habitación del tirano.

Cuando Aguirre vio como le habian abandonado todos sus soldados, subio cabizbajo las gradas que conducian al aposento de su hija. Encontró a la puerta a Anton Llamoso.

— Estoy solo! exclamó Aguirre; todos me han defado.

— Todos?

— Si.

— Todos serán menos yo.

— Haced mal en no ir tambien a gozar de los perdones del Rey, le dijo Aguirre con funebre sonrisa.

— Constante seré siempre en mi amistad, General, y quiero, cumpliendo mi ofrecimiento, morir a vuestro lado.

Aguirre, en lugar de darle las gracias por su abnegacion, se volvió la espalda y entró al aposento de Elvira.

Elvira estaba en el balcon y veía llegar ya a las puertas de la casa, que Aguirre cerró antes de entrar, a Paredes á la cabeza de su gente.

— Elvira! gritó el tirano, ven acá, que es llegada la hora!

Y como ella diera un paso adelante vio que su padre le apuntó el arcabuz con la mecha encendida.

— Encosniéndate á Dios! gritó aquella fiera; ha de cumplirse la predicción y puesto que voy á morir, tú morirás primero.

— Padre, gritó ella, ¿por qué me matais?

— Quiero librarte de la afrenta de que te llamen la hija del traidor.

— Sobre mi no puede caer baldon, que soy inocente!

— Morirás por ser de la raza de los Paredes!

— Pero soy también vuestra hija. Apíadate de mi, señor!

— Muy humilde te manifiestas, dijo sonriendo con vulsivamente y tratando de fijar la fuente-
ría.

— Misericordia Dios mío! exclamó Elvira cayendo de rodillas, ya que no la puedo obtener de mi mismo padre.

Sobrevino entonces la Forralva, pálida y desalada,

95
98

y sin mirar el riesgo que corría echó mano a la cuerda del arcabuz y la reventó.

— No matarás a ese ángel! gritó fuera de sí: no derramarás tu propia sangre: karto la has martirizado; Socorro, socorro!

Oyendo Aguirre que subían gentes armadas por las gradas y que estaba perdido, sacó la daga y rápido la hundió en el pecho de Elvira, que cayó exánime. Saltó por encima del cuerpo y abriendo el balcon intentó arrojarse; pero se contuvo al ver que se descolgaba por otro su último amigo, Anton Llamoso, y desaparecía entre los rastrojos. Salio entonces vacilante y demudado al aposento exterior con el puñal ensangrentado en la mano, en el momento en que entraba Paredes

y varios hombres armados. Al verle con el funeral ensangrentado, Paredes tuvo un horrible presentimiento y le gritó fuera de sí:
— ¡En dónde está Elvira?

— Allí, contestó el traidor con una sonrisa de mofa, mostrando la puerta del cuarto interior; y en seguida se recostó derecho y sombrío en un rincón del aposento, mirando con odio reconcentrado á varios marañones que empezaron á rodearle amenazadores pero sin atreverse á atacar le.

Permaneció Paredes un momento en la estancia en que halló el cuerpo inanimado de Elvira, y saliéndole después pálido, desencafado fijó la mirada sobre Aguirre, diciendo entre dientes:

- Monstruo! monstruo infernal!

- Señor, dijo á la sazón un espadero del Focuyo llamado Ledesma, dirigiéndose á Paredes, señor tengo rendido al tirano.

Levantó los ojos Aguirre, que los habia bafado involuntariamente ante la mirada terrible de Paredes, y respondió al espadero:

- No merindo yo á ruinas bella vos como vos! Y volviéndose á Paredes (que discutia consigo mismo si mancharia su estada con aquella sangre vil) le dijo: Señor Maestro de Campo, suplico á vuestra merced, pues es caballero, que me dé tiempo para oírme por que tengo negocio que comunicar muy de importancia para el servicio del Rey.

— No le vigas vuesa merced; dijo uno de los marañones, que naturalmente temia que denunciase los crímenes que él habia cometido.

Paredes volvió la cara a otro lado y con ademán de desesperacion dijo enhandando otra vez al aposento de Uvira.

— Haced vosotros lo que mas os plazca con ese lobo carnicero!

Acercáronse prontamente a su antiguo general un Juan de Chavez y un Cristobal Galindo y dijeron:

— Matémosle ahora mismo antes de que llegue el gobernador!

Chavez levantó el arcabuz y caló la cuerda: Aquirre le miraba sin turbarse y observando la dirección

de la puntería exclamó riéndose:

— Mal tiro!

Pero viendo a Galindo en el momento de disparar dijo:

— Este sí es bueno! (1)

Y efectivamente cayó atravesado por la bala de Galindo, bañando con su sangre los huesos de sus manecillas. Uno de ellos, llamado Custodio Hernandez, que era tan cruel como lo fue su jefe, le cortó la cabeza; asiéndola por los largos cabellos salió con ella en la mano a recibir al gobernador que entraba a la casa, pretendiendo ganar méritos con aquel hecho. Pero éste, a quien le hubiera visto matado a Aguirre antes de su llegada, lo

(1) Palabras históricas en que se rebata el alma de Aguirre.

recibió con seguridad, así como los vivas y gritos de alegría con que celebraban la victoria.

Inmediatamente ordenó el Gobernador que por memoria llevasen la cabeza del tirano al Focuyo en donde vivió muchos años en una jaula de hierro sobre el rollo de la plaza; y en aquella misma ciudad moraron durante un siglo la saya de rayo amarillo que llevaba el virrey el día de la catástrofe, y el corpiño agujereado por la daga de Aguirre. Habiendo hecho cuartos su cuerpo, tocó á los de Valencia su mano izquierda; pero este horrible despojo no llegó á su destino porque los conductores lo arrojaron á los ferros antes de entrar á la ciudad. Tampoco llevó Pedro Bravo á Mérida la mano derecha, sino la tiró al río Motatan, hastiado de la repugnante carga.
(90.)

Dice Castellanos que en su tiempo celebraban en toda la provincia de Venezuela la muerte de Aguirre el día de San Simón y Judas con fiestas y regocijos.

De los compañeros de Aguirre que no se acogieron a los perdones del gobernador, dos de los más culpables murieron desuartizados. A Paruagua, el matador de los frailes en Margarita, le mandó ejecutar Pedro Bravo en Mérida; y Anton Llamoso fue prendido y ejecutado en Pamplona, precisamente la ciudad del Nuevo Reino de Granada que fundó el general Urdía en su primera juventud.

Epilogo.

No lejos de la costa de Burburata, en Venezuela, navegaba en los primeros días del año de 1563, un bergantín bien aparejado. Sobre cubierta se veían dos personas recostadas contra la borda del buque: una mujer y un hombre.

— Con este recimiento vea aquella maldita costa de Venezuela que me trae tan horribles recuerdos, dijo la mujer apoyando su cabeza sobre el hombro de su compañero.

El la miró cuidadoso, y viéndola muy pálida le dijo:

— Te parece bien, querida Ivira, que arrimemos a la costa para hacer aguada fresca y adquirir

algunas frutas que varien tus alimentos. ² Fué exesiva pa
lidez me inquieta

— No, Diego, no nos acerquemos á esa playa que
me horroriza, y figuráseme que en ella nos sucederá
alguna desgracia.

— Pero no desembarcaremos; bastará algunos hom-
bres que salten á tierra á conseguir lo que nece
sitamos.

— Todo lo de esa tierra me parecería ensangra-
tado. En cualquiera costa del Nuevo Reino desem-
barcaremos y allí aceptaré con gusto tu ofrecimiento.
Pero Venezuela me horroriza...

— Calma tu imaginacion, Ulvira, y desecha
infundadas aprehensiones. Te confesaré que me
interesa el arrimar á esta costa, si es deseo averi

guar en el puerto Collado que' suerte ha corrido mi amigo Luis de Narvaez, que dese' empeñado contra los indios alzados, sin haberme sido posible ayu darle, como me instaba el gobernador, prefiriendo a-compañarte a España.

— Eres muy generoso; contestó' ella, bañada la faz en lágrimas: perdóname esta flaqueza á que no puedo sobreponerme.

— Jamás te habia visto agorera! Prefiero no desembarcar sino cuando tenga noticias seguras de que Narvaez está en el puerto.

— No insisto más, repuso ella con tristeza, hágase tu voluntad!

Inmediatamente Diego Garcia de Paredes mandó virar de bordo y dirigirse hácia la costa.

En tanto vamos á satisfacer la curiosidad del lector, y explicar cómo encontramos viva á Elvira después de haberla visto caer bajo el puñal de su padre.

Cuando Paredes entró segunda vez al aposento en que estaba el cuerpo inanimado de Elvira, se inclinó nuevamente sobre ella y con sorpresa notó que aun respiraba. Mandó á la Forralva que le quitase el vestido, y puesta en la cama le hiciera cuantos remedios le ocurrieran para volverla en sí. Efectivamente esa noche se persuadieron él y la criada que estaba viva y deseosos de sustraerla á la curiosidad, talvez malévolá, de los vecinos no desmintió la noticia de su muerte, ni des

vanecio el error de los que creyeron que era de Elvira el entierro de una india muerta en la refriega.

Con mil dificultades logró Paredes sacar de Bargui sineto á Elvira y llevarla á Valencia, en donde había mas recursos, lo que fue mucho aventurar, pues con el viaje se inflamó la herida. Cuando el médico de Valencia la vio, vaticinó á Paredes que si la desventurada foven sobrevivir al terrible suceso quedaría loca ó idiota el resto de sus días. Cuidábara Paredes secretamente bajo un nombre supuesto, temiendo que si se sabía que era la hija del tirano la mirasen mal. Mas de un mes ha currió y apenas empezaba á convalecer del cuerpo, pero ha tornado el ánimo; lo que visto por

Parides resolvió llevarla á España y entregarla á su madre, esperando en que quizás ella lograría volverla á la razón.

Como lo había pensado sucedió: en España y en el convento en donde había pasado su infancia, Ulvira recobró su razón perdida; pero también recordó las penalidades que había pasado durante los seis años de vida errante. Parides la amaba más que nunca, y habiendo obtenido, en premio de sus servicios, la gobernación de la Provincia de Popayan, en el Nuevo Reino de Granada, fidió su consentimiento á Ulvira para afezarse á cumplir con su deber después de haberse casado con ella. De ninguna manera consentió su novia en que se fuera solo y persis

tivo en acompañarle á Indias, prometiendo á su madre afligida que volvería á acabar su vida en Fructillo, apenas lograrse su esposo un buen empleo en España, lo que no conseguiría sino aceptaba primero la ofrecida gobernación en Indias.

Realizado el matrimonio en la capilla del convento, Uvira salió con su esposo del monasterio en el momento en que unos peones tenían derribado un árbol que, herido por un rayo, se había secado, y al hacerlo astillas hallaron en su añejo tronco un puñal mohoso, sin duda clavado en él hácia años. Mostráronselo á Paredes como una curiosidad; pero él lo tiró resplandientemente, horrorizado al leer grabadas éstas letras en la cacha de la daga:

"Lope de Aguirre"

Felizmente Uvira se despedia entonces de sus amigas las monjas y no se impuso del incidente.

Fuieron feliz navegacion con vientos siempre favorables, hasta que llegaron frente á las costas venezolanas, hacia las cuales se dirigian cuando volvemos á encontrar á los novios. No pudiendo mandar á tierra ningun bote aquella tarde, esperó Paredes al dia siguiente para acercarse al puerto, que era el mismo que hoy llaman de la Guaira, distante de la capital de Venezuela (Caracas) poco mas de una legua en línea recta, aunque el camino mide mas de tres leguas de longitud. En el sitio en que hoy se encuentra la ciudad habia entonces montes cerrados y de

siertos y el clima era mas ardiente y malsano que en la actualidad. Apenas se presentaron los botes del Gobernador a la orilla de la costa cuando se acercaron varios indios, que hablando en castellano dieron buenas noticias de Luis de Narvaez, quien estaba, dijeron, en unos buhios en la sierra mas arriba, y a quien ofrecieron llevar una carta que le escribia Paredes para que bajase esa misma tarde a verse con su amigo. Añadieron aque llos indigenas que tenian estrecha amistad y alianza con Narvaez, y que con gusto se habian sometido todos ellos al Rey de España. Regalaron a los españoles algunas frutas e invitaron al Gobernador y toda la tripulacion a desembarcar y hacerles la merced de aceptar un abundante al-
(muerto)

que les prepararían en sus casas, situadas a dentro del bosque, en donde podrían esperar la visita de Narvaez, que no tardaría mucho pues su establecimiento estaba cerca.

Alborotose Paredes con la noticia que le dieron de la proximidad de su amigo, de quien deseaba despedirse antes de alejarse, talvez para siempre, de Venezuela; y al mismo tiempo llevar á Elvira las mejores frutas que pudiese encontrar en aquella costa en donde las había muy buenas. Su esposa se despidió de él con tristeza, y con los ojos llenos de lágrimas le vio desaparecer entre los árboles del bosque con cuatro caballeros extremos que llevaba consigo y seis marineros, quedándole dos mas en el bote para custodiarlo hasta su regreso.

Salieron á recibir á los Españoles unos pocos naturales con el cacique del pueblo, quien les hizo mil demostraciones de amistad y los condujo á su casa en donde tenían preparado un abundante refrigerio. Sin embargo no bien hubo llegado Parides á los bohios de los indigenas, cuando empezó á recelar que aquellas demostraciones eran falsas, pues notó que apenas empezaron á participar del banquete fueron llegando muchos indios armados y situándose en torno de la casa que ocupaban los españoles. Comunicó en secreto á su vecino las sospechas que abrigaba para que éste pasara la voz á los demás; pero éstos, que estaban acomodados en aquella sombra agradable y tenían al frente deliciosas frutas, no dieron importancia al aviso de su Gobernador.

En efecto cuando ménos se lo figuraban una nube de indios flecheros los rodearon dando alaridos tan altos y horribles, que los repitieron los ecos de aquellas selvas llegando hasta los oídos de Elvira, la que adivinó lo que significaban, y solo le quedó ánimo para levantar desesperada su corazón a Dios y pedirle misericordia. En tanto García de Paredes y sus compañeros, que no llevaban mas armas que sus espadas, se defendían como héroes; y es fama que el solo Paredes mató a mas de 80 indigenas, cayendo al fin faltar de sangre y de fuerzas y (dice Piedrahita) "tan cubierto de flechas por todas partes, que sobre ellas se mantuvo el cuerpo por muchos dias sin tocar la tierra". Solo un marinero pudo salvarse,

y este refirió que Paredes habría podido escapar, pero no quiso abandonar a sus compañeros por que en ello iba su honor, y prefirió morir con sus amigos a vivir sin ellos.

.....

Como diez años después de aquel acontecimiento trágico enterraban las monjas del convento de la Concepción, cerca de Trujillo, a una escuálida mujer que había llegado a pedir asilo tan triste y abatida que la juzgaron demente, porque jamás hablaba ni hacía otra cosa que orar en silencio. Sobre su tumba se leían estas palabras mandadas gravar por las religiosas:

"A la memoria de Uvira de Paredes - nacida en 1536, muerta en 1573

Que en paz descanse. -

Nota

Carta de Lope de Aguirre al Rey de España.

Rey Felipe - natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre, tu muy mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, y en mi prosperidad hijo-dalgo, natural vascongado en ese Reyno de España, y en la villa de Oñate vecina, pasé en mi mocedad el mar Oceano á las partes del Perú, por valer mas con la lanza en las manos, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien: así mismo en veinte y cuatro años se he hecho muchos servicios en el Perú en conquistas de indios, y poblar pueblos en tu servicio, especial en batallas,

117 120

y recuentos que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas sin importunar a tus oficiales por paga, ni socorro, como parecerá por tus reales libros: bien creo, cristiano Rey, y Señor, aunque para mi y mis compañeros tan ingrato a tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque también creo te engañan lo que te escriben de esta tierra, como estás tan lejos; avisote Rey y Señor, lo que cumple a toda justicia, y restitución para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Virreyes y Gobernadores, he sabido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de la obediencia y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España,

y hacerte en estas partes la mas cruda guerra que
nuestra gente pudiese sustentarse: y esto crey, Rey
y Señor, nos ha hecho el no poder sufrir los gran-
des apremios y castigos que nos dan éstos tus mi-
nistros, que por remediar sus hijos y criados nos
han usurpado nuestra fama, vida y honra; que
lastima! O Rey, el mal tratamiento que se nos
ha hecho; y así mano de mi pierna derecha de
dos arcabuzos que me dieron en el valle de Co-
quimbo con el Mariscal Alonso de Alvarado, siguién-
do tu voz y apellido, contra Francisco Hernandez
Giron, rebelde a tu servicio, con yo y mis com-
pañeros al presente somos y seremos hasta la
muerte, porque en ésta tierra tenemos los perdo-
nes por de menos crédito que los libros de Martin

110
122

Lutero, pues tu Virrey el Marqués del Cañete, malo, supurioso, ambicioso y tirano ahorcó à Martin de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomàs Vasquez, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Diaz, que trabajó mas en el descubrimiento del Perú que exploradores de Moises, y à Piedrahita, buen Capitan, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aumen Pacaba ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran hoy fuera Francisco Hernandez Señor del Perú: y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escribieron que te han hecho, porque es muy grande fábula, si no que llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja, para sus vicios y maldades: castígalos como ellos son.

Mira, mira, Rey español, no seas ingrato á tus vasallos, pues estando tu padre el Emperador en los Reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te handado, á costa de su sangre, tantos reinos y señoríos como tienes en éstas partes; y mira, Señor, que no puedes llevar, con título de Rey justo, ningun interés de éstas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ellas trabajaron sean gratificados: como por cierto tengo que van pocos Reyes al cielo, por que creo fuerades peores que Luzbel, según teneis la ambicion, sed y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamois siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco y vuestro Gobierno es aire; á Dios hago solemne voto yo, y mis doce

121
124

arcabuceros Marañones, hijos de algo, de no te dejar
ministro huyo à vida, porque ya se hasta donde
alcanza su poder.

El dia de hoy nos hallamos los mas bienaventu-
rados de los nacidos, por estar, como estamos, en es-
tas partes de las Indias teniendo la fé, y man-
damientos de Dios enteros sin corrupcion, y man-
teniendo todo lo que la iglesia romana predica;
y pretendemos, aunque pecadores en la vida, re-
cibir martirio por los mandamientos de Dios;
à la salida del rio de las Amazonas, que se
llama Marañon, venimos à una isla que se
llama Margarita, y vimos unas relaciones
que venian de España de la gran màgistra
que hay de Lutheranos, que nos pusieron grande

temor y espanto, pues aqui en nuestra comu-
nidad hubo uno, llamado Monteverde, y yo lo man-
dé hacer pedazos, los hados daran la frena á
los cuerpos; pero donde nosotros estuviéremos, veed,
excelentísimo Rey, cumplid que todos vivan perfec-
tamente en la fe de Cristo: principalmente es tan
grande la disolucion de los frailes en esta tierra,
que conviene que venga sobre ella el castigo, por-
que no hay alguno que presume mas que de
Gobernador; mira, Rey, no las creas lo que te di-
feren, pues las lágrimas que allí echan delante de
tu real persona es para venir acá á mandar; si
quisieres saber la vida que por acá tienen, es en
mercaderías, procurar y adquirir bienes tempo-
rales, vender los Sacramentos, enemigos de los

pobres, ambiciosos, soberbios y glotonos; de manera que por minimo que sea, un fraile pretende mandar todas estas tierras: por remedio, Rey y Señores, por que de estas cosas y malos ejemplos no está imprimida la fe en los naturales; y más te digo, que si esta disolucion de estos frailes no la quitas, no faltarán escándalos, aunque yo y mis compañeros, por la gran razon que tenemos, hayamos determinado morir; y esto y otras cosas pasadas, si el Rey tiene la culpa, por no dolerte de tus vasallos, y no miras lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos, y te descuidas con estos tus vidores, nunca se acertará en el gobierno; y no hay para que presentar testigos mas que decirte, como estos tus vidores tienen ca-

(de

uno cuatro mil pesos de renta y ocho mil de ayuda de costa, y al cabo de tres años tiene cada uno setenta mil pesos honoros, y posesiones y heredamientos, y con todo eso si se contentasen con servirte como hombres, menor mal y trabajo seria nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adoresmos como a Nabucodonosor: cosa insufrible; y no por que yo, como hombre lastimado, y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar que nunca fies en estos letrados tu real conciencia, que no cumple a tu servicio descuidarte con ellos, que se les va el tiempo en casar sus hijos, y no entienden en otra cosa, y su refran es entre ellos muy comun: esto es a tuerto y derecho,

Pues los frailes á ningun indio pobre que
ven predicar, y están aposentados en los mejores re-
partimientos, la vida que tienen es muy áspera,
porque cada uno de ellos tiene por herencia en sus
cocinas una docena de mozas y otros tantos muchachos
que les van á pescar, matar por dices, y traer
frutas; en fe de cristiano te furo, Rey y cristiano, que
si no pones remedio en las maldades de estas tierras,
que te ha de venir azote del cielo; y esto digo por
avisarte la verdad; aunque yo y mis compañeros
no queremos ni esperamos de ti misericordia; ay!
ay! qué lástima tan grande que el Imperador tu
padre conquistase por la fuerza la suprema Ger-
mania y gastase tanta moneda, llevada de estas
indias descubiertas por nosotros, y que no se duela

de nuestra vejez y canisancio, siguiera para matarnos el hambre; sabes que venos, exelentísimo Rey y Señor, que conquistaste á Alemania con armas, y Alemania ha conquistado á España con vicios, de que acá nos ha llanros quitados, muy contentos con maíz y agua, solo por estar apartados de esta mala ironía.

Arden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron; mas en ningun tiempo ni por adversidad que nos venga, defaremos de ser obedientes y sujetos á los mandamientos de la Santa Iglesia de Roma: no podemos creer, exelente Rey y Señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores, para aprovecharse del pesiad para sus regalos y vicios la arriendan en tu

126
130

nombre; dándonos a entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu consentimiento; si ello es así, déjanos pescar algún pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda, pues, esclarecido Rey, no pedimos ni en Córdoba ni en Valladolid este patrimonio; duélete, Señor, de alimentar a los pobres, cansados con los frutos y réditos de esta tierra; y mira que Dios para todos es igual justicia, premio, paraíso e infierno.

El año de cincuenta y nueve el Marqués del Cañete dio la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Urdía, Navarro, ó por mejor decir, Francés: tardó en hacer navios hasta el año de sesenta

en la Provincia de los Abotilonos, aunque estos navios,
por ser hechos en tierra lluviosa, al tiempo de echarlos
al agua se quebraron; hicimos balsas y nos echamos
el rio abajo, dexando nuestros caballos y haciendas
luego navegamos los mas poderosos rios del Perù, de
manera que nos vimos en un golfo dulce; camina-
mos de primera faz trecientas leguas: fue este mal
governador, perverso, ambicioso y miserable, que no
lo pudimos sufrir, y así lo matamos con muerte cier-
ta y bien breve; luego á un mancebo, caballero de
Sevilla, que se llamaba Don Fernando de Guzman,
alzamos por nuestro Rey, y lo firmamentamos como
á tu real persona, como parece por las firmas de
todos aquellos que nos hallamos: á mi me nombra-
ron por su Maestre de Campo, y por que no consenti

en sus insultos y maldades me quisieron ma-
tar; yo maté al nuevo Rey, al Capitan de Guardia
y Teniente General, á cuatro Capitanes, á su
Mayordomo, á su Capellan, Clerigo de misa, á una
mujer, á un Comendador de Rodas, á un Almiran-
te, dos Alferes, y á otros cinco ó seis criados suyos,
y con intencion de llevar la guerra adelante y mo-
rir en ella, por las muchas crueldades que sus
ministros usan con nosotros: de nuevo nombré
Capitanes y Sargentos y me quisieron matar y los
ahorqué todos; caminando nuestra derrota, pasan-
do todas estas malas venturas, tardamos hasta
la boca del rio mas de once meses y medio, y ca-
minamos más de cien jornadas, anduvimos
más de mil y quinientas leguas: tiene el rio más

de mil leguas de agua dulce, muchas partes despobladas y sin gente, como su Magestad verá por una relación que hemos hecho verdadera: sabe Dios cómo nos escapamos de este lago temeroso. Avisote, Rey, no consentas se haga ninguna armada de España para este río infortunado; y Dios te guarde, Rey excelente, muchos años."

Esta fue la carta que Lope de Aguirre entregó al Cava de la Margarita para que la remitiese al Rey.

Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela - escrita por Don José de Oviedo y Baños.
Parte 1.^a Libro IV. Cap. VII